

DOMINGO II DE ADVIENTO (CICLO A)

Las lecturas de hoy mueven a la esperanza.

En la primera, Isaías nos descubre un reino mesiánico fundado sobre Jesucristo, en quien habita la plenitud de los dones del Espíritu Santo. La imagen es conmovedora porque vemos cómo la justicia y la misericordia alcanzan a toda la creación. Si este texto fuera leído sin prejuicios, mucha gente vería que corresponde a los deseos más profundos de su corazón y que, en él, se propone una sanación del hombre y del mundo que va mucho más allá de una operación de maquillaje. Por eso, en este Adviento, se nos invita a esperararlo todo de Dios, a confiar más en Dios. Ningún deseo de perfección y realización, sea en el orden personal, social e incluso ecológico, puede dejarse de lado. En Él nos es dado esperararlo todo.

Desde esa esperanza esperanzada, es decir, no recortada por prejuicios ni amortiguada por la medida humana, sino abierta a la acción poderosa de Dios, se entiende la llamada a la conversión que escuchamos de labios de Juan Bautista. Fijémonos en que «la voz que grita en el desierto» nos alerta sobre un peligro: pensar que por ser hijos de Abraham ya lo tenemos todo asegurado. Las palabras del Bautista, con las imágenes amenazantes que acentúan la convicción de lo que se dice, nos enseñan a darnos cuenta de que quien viene es tan grande que vale la pena hacerlo todo para recibirlo. Eso significa la conversión.

Reducir la llamada de este Adviento a una serie de prácticas o a un simple recordatorio que no acabe por transformar nuestra vida, sería desperdiciar un momento de gracia tan especial. Convertirse supone girarse por completo hacia Dios y empezar a vislumbrar, a través de un camino que ha de ser desbrozado por la ascesis y por la gracia, la poderosa visión de Isaías que nos permite ver nuestro mundo de una forma transfigurada. De ahí el grito del Bautista: «Dad el fruto que pide la conversión».

En esta segunda semana de Adviento, el Espíritu Santo nos pregunta: “¿cómo van los propósitos que hiciste sinceramente delante del Señor la semana pasada? ¿Cómo van en tu corazón esos deseos de ser más santo, esos medios concretos que pusiste para luchar contra ese defecto que te impide dar lo mejor de ti? ¿Has mejorado en algo?”

Y el Señor hoy te dice: “Apóyate en mí. Confía en mí. Mi gracia no te faltará.”
Acuérdate de José y de María, que también quieren ayudarte.